

Las familias actuales: entre el autoritarismo, la permisividad y el abandono¹

Por: Julián De Zubiría Samper²

“Vuestros hijos no son vuestros hijos, son los hijos y las hijas que la vida tuvo de si misma. Y podéis dar albergue a sus cuerpos, más no a sus almas, ya que sus almas moran en la casa del mañana, que ni aun en sueños os es dado visitar. Y podéis intentar ser como ellos, más nunca intentéis que sean como vosotros, porque la vida no marcha hacia atrás ni se detuvo en el ayer” (Jalil Gibran)

Durante la mayor parte del tiempo en la historia, el estilo de autoridad en el hogar ha sido identificado como autoritario. De esta manera –y como tendencia general–, el padre decidió las normas familiares y evaluó y controló el acatamiento irrestricto a ellas por parte de sus hijos. Determinó casi completamente, entre otros, el norte de la vida familiar, las actividades a las que se dedicarían, las amistades que les convenían y las que no, sus profesiones y hasta los compañeros con quienes compartirían la vida. La respuesta que, hasta hace muy poco tiempo, debía dar un hijo a su padre, ante su llamada, iniciaba con el categórico y sumiso término de “mande”, lo cual es bastante diciente al respecto.

El padre autoritario concibe al niño como un ser que es preciso disciplinar mediante castigos severos y privaciones. Pontifica, valora, descalifica y juzga, de manera relativamente simple: lo que dice es verdad y lo que piensan o señalan los demás está equivocado.

Este tipo de padre privilegia la norma, la disciplina y el rigor en la formación del hijo. La disciplina se torna como una macro-prioridad. Es objeto de una preocupación casi obsesiva, pero entendiendo la disciplina como obediencia, acatamiento y sumisión, como cumplimiento de reglas. Por ello, el padre asume con frecuencia posturas arbitrarias. Lo importante es seguir manteniendo la autoridad en el hogar. De este modo, el padre impone su visión, su interpretación y su disciplina, sin ningún tipo de consulta, comunicación y diálogo familiar. Es más, su interpretación deja de serlo y se convierte en “la interpretación”, en la única y verdadera. El padre autoritario centraliza y monopoliza la autoridad del hogar. Se considera como el único poseedor de la verdad y por ello se torna insensible ante el dolor generado en el hijo por el trato fuerte, la arbitrariedad o la imposición. Lo cual, incluso, llega a considerar formativo a largo plazo.

¹ Para evaluar su estilo de autoridad con sus hijos puede resolver en la red una prueba para tal fin y de manera inmediata la respuesta será entregada al correo señalado. Para tal fin debe ingresar a www.institutomerani.edu.co a la sección de pruebas.

² Vicepresidente de la Federación Iberoamericana de Talento y Excepcionalidad. Miembro fundador de la innovación pedagógica del Instituto Alberto Merani, del cual se desempeña como Director desde 1991 (correo@institutomerani.edu.co).

Quienes asumen posiciones autoritarias conciben la autoridad como un mecanismo para disciplinar y de allí que sean rígidos con las normas y ante las trasgresiones, respondiendo con fuertes sanciones. En las familias autoritarias es muy evidente la relación entre poder y autoridad: los adultos son los que prohíben, colocan límites, establecen normas y sanciones, y los hijos deben someterse a lo establecido (Jiménez, 2005).

La personalidad del padre autoritario suele corresponder a uno de dos extremos: o es muy fuerte, arrollador y “sobreseguro”, o en extremo opuesto, es profundamente débil y carece de estatus social y familiar. En el primer caso, el autoritarismo aparece como extensión de la seguridad del padre; como proyección de una personalidad impositiva. En el segundo, el autoritarismo actúa como mecanismo de reafirmación de un “yo” debilitado. Por ello, pese a lo paradójico que resulta, un tipo de autoritarismo es el ejercido por quien presenta muy poco estatus social a nivel laboral y social. El autoritarismo, en este caso, actúa como mecanismo compensatorio de reafirmación del “yo”. En su profunda Carta al Padre, Kafka reflexiona esencialmente sobre el primer caso y por ello se refiere a su padre en los siguientes términos:

“Tu opinión era justa; cualquier otra era disparatada, extravagante, absurda. La confianza que tenías en ti mismo era tan grande, que no necesitabas ser consecuente para seguir teniendo siempre la razón. Podía ocurrir también que, sobre un asunto, no tuvieses siquiera una opinión formada, y en consecuencia todas las opiniones posibles sobre dicho asunto tenían que ser falsas sin excepción...” (Kafka, pág. 13)

Una de las condiciones del autoritarismo es que esté soportado sobre una “valoración extrínseca” (Ausubel y Sullivan, 1982, tomo 2). Este tipo de relación filial se presenta cuando el padre o la madre valoran al hijo exclusivamente según los resultados que obtenga e independientemente de la filiación con sus progenitores. El niño, en este contexto, solo es valorado por lo que hace. Por lo general, este tipo de valoración está culturalmente asociada al padre y la recibimos de casi todos los seres humanos con los que interactuamos y en casi todos los momentos y situaciones humanas, con la notable excepción del vínculo materno, y uno que otro amigo, en uno que otro momento de la vida³.

Un caso profundamente triste y dramático, que ayudaría a entender los tipos de relaciones filiales en el hogar, fue relatado por García Márquez al culminar la “Guerra de las Malvinas” entre Inglaterra y Argentina en el año 1982. Al ser vencidos por los ingleses, un argentino llamó a su madre y le preguntó si podría regresar acompañado de un amigo a la casa. Con la generosidad frecuente de una madre, ella le respondió que le encantaría. El problema –señaló el hijo– es que mi amigo perdió un brazo. Nos esforzaremos –respondió la madre–, pero

³ Como señaló Bill Gates en conferencia ofrecida en Yale a estudiantes y padres de jóvenes bastante consentidos y mimados por sus padres, en documento que circula por Internet: “Al mundo no le importa tu autoestima. El mundo esperará que logres algo independientemente de que te sientas bien contigo mismo”.

no veo por qué no podamos recibirlo. Hay algo adicional, insistió el hijo: no fue solo el brazo, también la pierna y un ojo, ya que le explotó una granada inglesa cerca de su propia cara. En ese caso, ya la situación es más grave. No veo posible en esas circunstancias que lo recibamos, le señaló la madre. El hijo asintió y colgó. Unos días después, el joven se suicidó. Era él –y no su amigo– quien había perdido la pierna, el brazo y el ojo (García Márquez, *El Tiempo*, 1982). Seguramente, si el soldado profundamente herido y lesionado le hubiera dicho desde el comienzo la verdad a la madre, ella lo habría recibido. Así suelen ser las madres. El amor de madre es uno de los pocos incondicionales que existen en la vida, dado que se soporta, por lo general, sobre una “valoración intrínseca” (Ausubel y Sullivam, 1982). Se ama en tanto hijo, independientemente de su situación, su esfuerzo o sus resultados.

Por el contrario, el padre autoritario valora solo los actos, los resultados y las realizaciones del niño; y eso lo hace, por lo general, insensible ante el dolor que cause en el propio hijo. Así mismo, y cuando lo hace, no dimensiona lo que representa la figura y la palabra del padre, para un niño profundamente frágil, pequeño y en formación; aspecto muy agudamente captado por Kafka, cuando le dice a su padre:

“Siempre me ha resultado incomprensible tu absoluta insensibilidad para el dolor y la vergüenza que podías infligirme con tus palabras y tus juicios; era como si no tuvieses noción de tu poder” (Kafka, pág. 16).

Paradójicamente, el niño en su fase más débil, desde el nacimiento hasta cerca de los tres años, es cuando se siente más poderoso. Su debilidad ejecutiva es compensada con creces por la sensación de poder que le otorgan los padres al cumplir sus deseos ante las primeras y mínimas solicitudes. En dicha fase, las pequeñas manos del niño se extienden para tomar los objetos gracias a las manos de la madre. Los deseos del niño se imponen y las angustias son aminoradas ante el primer llanto. La más mínima insinuación del niño es resuelta inmediatamente por los padres, tanto que Ausubel la denomina la fase de “omnipotencia”.

Ausubel y Sullivan (1982) explican que la crisis del “yo” en los niños –frecuente entre los tres y cuatro años– se resuelve, por lo general, mediante la adopción de una valoración derivada de sus progenitores; pero para ello es necesario que el hijo se sienta profundamente querido y amado por ellos. En ese caso, acepta su sometimiento, dado que su valorización la deriva de sus progenitores y, que así se convierte en “satélite” de sus propios padres. Debido a ello, su subordinación es compensada por un estatus derivado.

Sin embargo, la relación autoritaria no le permite al niño una satelización adecuada. El niño, que se siente rechazado y maltratado por su progenitor, inconscientemente no acepta la autoridad de los padres y éstos no se convierten en la fuente de su valoración. Al no satelizarse, pierde con ello el sentimiento intrínseco de seguridad y adecuación que ella genera (Ausubel, 1982). El niño rechazado y maltratado en la casa, buscará entonces el estatus

primario en la escuela, ya que no lo obtiene en su propio hogar. Por lo general, esta búsqueda es infructuosa, ya que el autoritarismo lo suele inhabilitar para la convivencia con sus congéneres. No lo prepara para la interacción social. Su frecuente inseguridad y debilidad de personalidad, lo torna, por lo general, temeroso, aislado y huraño, aspectos que dificultarán sus interacciones sociales durante tiempos que parecen eternos dadas las dimensiones espaciales y representativas de un niño.

No es fácil hablar de los impactos del autoritarismo, en especial porque sus efectos son profundamente variados dependiendo de la personalidad del padre y de la del hijo, y del papel de la madre y los hermanos en estas interrelaciones y tejidos sociales. Así mismo, dependerán sus efectos del contexto social y cultural en el que se desenvuelvan las relaciones filiales señaladas (Merani, 1984 y Wallon, 1987). Eso lo capta profundamente Kafka cuando le dice a su padre, casi en voz baja:

“Lo repito por enésima vez: probablemente me habría convertido igualmente en una persona huraña y temerosa, pero de aquí al lugar donde he llegado realmente queda aún un camino largo y oscuro” (Ibid, pág. 41).

De todas maneras, lo más probable es que la ausencia de satelización en la relación entre hijo y padre genere múltiples efectos negativos para el desarrollo de la personalidad del niño maltratado. El miedo, la dificultad en la interacción y la expresión, el deterioro del autoconcepto y el debilitamiento general de la personalidad son, por lo pronto, los efectos más visibles y más probables generados por un padre –o madre– excesivamente autoritarios⁴. De allí que Kafka inicie su carta refiriéndose a esto. “No hace mucho me preguntaste por qué digo que te tengo miedo. Como de costumbre, no supe qué contestarte; en parte, precisamente, por el miedo que te tengo...” (Ibid, pág. 5).

Por lo general, el autoritarismo forma personalidades débiles, temerosas, hurañas e inseguras; niños que debilitan hasta el límite su autoconcepto y que tienden a bloquear la comunicación e interacción con sus semejantes; y en especial, con los adultos, dado que, como mecanismo de transferencia, proyectan ante él la imagen gigantesca y todopoderosa del padre, que mira, controla, supervisa y castiga, a toda hora y por cualquier motivo. Resulta entonces común que un niño maltratado por los padres tienda a volverse aislado, huraño, inhábil, torpe y temeroso socialmente. Esto forma niños infelices y amargados y, por lo general, rechazados socialmente.

Sin dudar, los efectos se agravan cuando el autoritarismo recae sobre niños con personalidades muy sensibles y frágiles (sobreexcitados emocionales, según Dabrosky, 2002) y también resulta en extremo preocupante cuando está

⁴ Seguramente resultaría necesario diferenciar entre el autoritarismo del padre y de la madre, por sus roles claramente diferentes en la cultura. Aun así, es interesante anotar que en los estudios hasta el momento realizados hemos encontrado en nuestro país un número similar de madres que de padres autoritarios.

asociada a verdades absolutas políticas y/o religiosas abrazadas por el padre o la madre. En esos casos, los efectos perversos sobre la personalidad seguramente tiendan a ser irreversibles en la vida, ya que quien vigila al niño maltratado no solo es un hombre muy poderoso sino el mismo Dios; quien lo obliga, es al mismo tiempo el Estado o el partido; y quien lo castiga, se siente poseedor de una verdad absoluta o de una revelación divina.

Por muy paradójico que parezca, en ciertos y especiales casos, la agresión y el maltrato pueden generar el efecto contrario. El agredido convertirse en agresor, el maltratado en maltratante y el humillado, en humillante. El niño, así, pasa de agredido a agresor.

Sobre el propósito buscado por el padre autoritario, la siguiente referencia es bastante elocuente:

“Al ver que unos cuantos gritos de amenaza no producían efecto, me sacaste de la cama, me llevaste a la terraza y allí me dejaste (...), en camisón, ante la puerta cerrada (...) Sin duda después me mostré ya obediente, pero quedé interiormente dañado” (ibid, pág. 11).

Este testimonio es elocuente. El autoritarismo es inicialmente y a corto plazo bastante “efectivo”, si es que puede usarse este término en este caso. El niño atemorizado, evidentemente obedece, acata la autoridad. Se disciplina, se somete. Pero el efecto a corto plazo, se logra a costa de la seguridad del niño, de su autoconcepto y del debilitamiento general de su personalidad a mediano y largo plazo. De allí, su sentencia acusatoria, “me volví obediente, pero quedé interiormente dañado”.

Sobre la dificultad para expresarse –profunda paradoja cuando hablamos de uno de los más grandes escritores de la historia humana– resultan sabias sus palabras al afirmar:

“La imposibilidad de una relación serena tuvo otra consecuencia, por otra parte muy natural: perdí la facultad de hablar. Es probable que de todos modos no hubiese llegado a ser un gran orador, pero sin duda habría dominado el lenguaje fluido, habitual entre la gente. No obstante, ya muy temprano me prohibiste hablar; tu amenaza: “¡No te atrevas a replicarme!” y tu mano alzada al proferirla, son dos cosas que me acompañan desde siempre” (ibid, pág. 19).

Pese a sus efectos profundamente perversos, el autoritarismo resulta generar una relación clara y previsible en lo que respecta a los límites y las disposiciones. En el lenguaje común, diríamos que en este contexto, el niño sabe siempre “a qué atenerse”, y que posiblemente-- si queremos ser equilibrados en el juicio-- el autoritarismo podría en algunos casos, favorecer la disciplina y la exigencia.

Este modelo autoritario ha venido entrando en crisis en el mundo entero desde los años sesenta, en especial por las implicaciones de la revolución del

hippismo en la familia y por la profunda transformación que la sociedad en general y de la familia en particular, vividas en las últimas cuatro décadas (De Zubiría, 2001 y De Zubiría, 2005).

Es así como el matrimonio, una de las instancias más sagradas hasta hace poco tiempo, hoy en día se disuelve y rehace en reducidos espacios de tiempo. El 67% de los hogares norteamericanos y un número cercano al 35% de los hogares en América Latina, se disuelven antes de cumplir los primeros cinco años (Goleman, 1996). Son comunes los matrimonios por segunda y tercera vez y hoy en día se presenta una profunda y radical flexibilización y diversificación en las estructuras familiares.

La familia que todos conocimos hasta hace poco tiempo fue sensiblemente transformada y diversificada en las últimas décadas. La familia nuclear, constituida por el padre, la madre y los hijos, y que articulaba en torno suyo a una extensa gama de primos, tíos y abuelos, hoy solo constituye una de las tantas posibilidades de organización familiar humana.

Por lo menos cuatro rasgos esenciales pertinentes con la reflexión presente, caracterizaban las familias hasta los años sesenta:

En primer lugar, era evidente el total predominio del matrimonio católico sobre cualquier otra forma de pareja. Las investigaciones permiten concluir que para los nacidos entre 1910 y 1914, el 82% de las parejas constituían vínculos católicos e indisolubles (Puyana, 2003).

En segundo lugar, la estructura familiar era esencialmente patriarcal. El poder, el sustento y la autoridad estaban fundamentalmente centralizados en el padre. Esto se acompañaba por una clara y acentuada división de roles en el hogar y fuera de él. La mujer debía permanecer en el hogar, mientras que el hombre se dedicaba al trabajo y a la vida pública. (La cara positiva de ello, fueron los altos tiempos de comunicación en el hogar de los hijos con la madre). Por el contrario, estudios actuales encuentran en la zona bogotana de Teusaquillo cerca del 40% de hogares cuya autoridad recae en la madre (Ramírez y Torres, 2005) y para el Estado de México el estimativo de hogares con cabeza femenina era más del 20% para el año 2000 (Sieglin, 2005).

En tercer lugar, la descendencia no era regulada, salvo por los métodos más tradicionales y naturales, que siempre resultan ser los menos efectivos.

Finalmente, la familia extensa cumplía un papel central en la formación de los menores; en especial, los primos, los tíos y los abuelos. La familia extensa actuaba como formador y apoyo a los diversos miembros de la comunidad.

La vinculación de la mujer al trabajo, la píldora y la revolución sexual de los sesenta, la liberación femenina que le siguió, la relativa generalización de los jardines escolares, la invasión del hogar por televisores y celulares, la comida "chatarra", los electrodomésticos y la creciente aceptación de la diversidad

sexual, son, entre otros, factores esenciales que le asestaron un duro y mortal golpe a la familia patriarcal vigente en los últimos siglos.

La familia se diversificó, dando paso a hijos viviendo sin los padres, grupos de jóvenes o de ancianos compartiendo techo, fogón y comunicación; hogares de homosexuales, la convivencia de padres sin hijos, con hijos de otros matrimonios, o incluso, aceptando la aparición de matrimonios sin convivencia (los denominados “solos” en Francia). Aparecen así nuevos y múltiples grupos de convivencia y unión, matrimonios de “prueba”, “arreguntamientos”, muy frecuentes separaciones, vida familiar sin presencia de los dos padres o con uno de ellos conviviendo en una nueva relación.

Todo ello condujo a una profunda y generalizada transformación y diversificación de la estructura familiar, hasta hace poco tiempo una de las instituciones sociales más conservadoras, monolíticas y tradicionales.

Fruto de estas transformaciones, se han ido generalizando diversos estilos de autoridad en el hogar, entre los cuales sobresalen dos: son las familias abandonicas y las permisivas, los cuales conviven con las familias autoritarias, que siguen resistiéndose a morir. Y, propio de un periodo de transición y de profunda expansión de las “familias superpuestas”, aparecen las familias de estilos ambivalentes, bastante frecuentes en periodo social actual⁵.

En las familias abandonicas la presencia de los padres en el hogar es muy baja y la comunicación muy tenue; son padres que sienten vivir una época en la que, a excepción del trabajo, no queda tiempo para casi nada, ni siquiera para hablar con ellos. Padres “trabajo-adictos”, cuyas vidas giran exclusivamente en torno a sus obligaciones laborales. En consecuencia, no conocen ni los intereses, ni las aptitudes, ni los talentos, ni las angustias de las nuevas generaciones, y debido a ello, las mismas no pueden ser promovidas ni orientadas por sus propios progenitores. Son familias que dialogan muy poco, en las que los padres no asumen el rol de mediadores de la cultura; y debido a ello, la comprensión hacia los hijos es muy baja, así como la seguridad generada por los progenitores. Con frecuencia, las nuevas familias conforman estructuras en las que la autoridad está diseminada en diversos miembros del hogar y en el que las normas y los límites varían profundamente dependiendo de quien esté ejerciendo la autoridad en ese momento en el hogar; con ello se convierten en familias ambivalentes, cuya autoridad es poco clara, poco firme y tiende a oscilar desde posturas autoritarias hasta permisivas, dependiendo de las circunstancias y no de los principios.

De otro lado, los padres abandonicos tienden a generar otro tipo de distorsiones en el desarrollo emocional del niño; en mayor medida en tanto peor sea manejado el proceso de abandono, como suele suceder –cada vez con mayor frecuencia– en la mayor parte de las familias disueltas. El abandono representa una pérdida de afecto y seguridad y suele estar acompañado de altos niveles de ambivalencia en el manejo de la autoridad familiar, que se

⁵ Según estudios adelantados mediante pruebas libremente aplicadas en la red, cerca del 60% de las familias podrían considerarse actualmente como ambivalentes.

genera para compensar la ausencia parcial o total de un progenitor y que representa, para el niño en formación, patrones poco claros a nivel moral, valorativo y ético. Sus efectos, como es lógico, se agravan ante la manipulación que uno de los dos miembros de la antigua pareja quiera dar a la situación.

La desintegración familiar, la televisión, la llamada “comida chatarra” y la vinculación de la mujer al trabajo, han disminuido sensiblemente los tiempos de comunicación en el hogar. En Estados Unidos y Europa las familias con hijos han decrecido y se estima que los padres pasan un 40% menos de tiempo con sus hijos de lo que lo hacían hace treinta años. El propio Presidente Jimmy Carter se escandalizó cuando los estudios solicitados le indicaron que el padre norteamericano se comunicaba en promedio ¡apenas 39 segundos⁶ al día con cada hijo! Tiempo apenas suficiente para el saludo y el requerimiento económico diario. Por el contrario, ha habido una profunda invasión del televisor en el hogar, al tiempo que se estima que los adolescentes de los EEUU, pasan en promedio 44 horas semanales frente a la “cajita mágica” (El Tiempo, mayo de 2005). Cuarenta y cuatro horas frente a un televisor y menos de cinco minutos de comunicación con el propio padre. ¡Esa es la época y la cultura en la que nos correspondió nacer!

El segundo tipo de nuevas estructuras y el cual parece ser cada vez más común, lo constituyen las familias permisivas. En ellas, el hijo adquiere plena potestad para hablar, opinar, juzgar, actuar y decidir, en todo momento, lugar y circunstancia, diluyendo así, completamente, los límites y la autoridad en el hogar.

El padre permisivo considera que su rol como padre es buscar siempre y en todo lugar la “felicidad del niño”. En estas condiciones, el niño toma las decisiones e impone su voluntad en el hogar. El adulto queda subordinado a los intereses del niño, produciéndose una verdadera “revolución copernicana” que invierte los roles, hasta hace poco tiempo relativamente claros y definidos. El niño se torna en el “pequeño tirano” que muerde, maltrata, insulta, humilla, exige e impone su voluntad, ante la mirada pasiva de los adultos. Se carece así de límites y responsabilidades para la convivencia. El niño recurre al chantaje del llanto, del grito o del escándalo para imponer su voluntad y obligar a los padres a que acaten sus decisiones. Lloro y patalea cuando no se acata su voluntad. Sabe lo difícil que es para el adulto soportar la mirada castigadora del público que percibe la escena; y por ello, el niño prefiere siempre realizar el escándalo ante la presencia de la mayor parte de personas posibles.

La autoridad la ejerce el niño y los padres aparecen ante él como “subordinados”. Se invierten los roles y aparece la llamada “generación de los padres sumisos”. En este contexto se prolonga la fase de omnipotencia del niño y desaparece la crisis de autoridad. En términos de Ausubel:

“El padre excesivamente sumiso, que es incapaz de inculcar al niño la diferencia entre los respectivos roles y prerrogativas tiende

⁶ En América Latina los tiempos son indudablemente mayores, pero la tendencia hacia su disminución también es evidente.

a prolongar la fase de omnipotencia del niño” (Ausubel y Sullivan, 1982).

En las familias permisivas predomina la valoración intrínseca y el niño es amado independientemente de los resultados, el esfuerzo, la persistencia, la responsabilidad o la dedicación. El niño es amado incondicionalmente por sus progenitores, quienes lo liberan totalmente de sus mínimas responsabilidades. No hay límites ni normas.

En los orígenes de las crecientes actitudes permisivas se encuentran diversos contextos socioculturales como el retorno al liberalismo clásico en economía, la descentración administrativa y el peso creciente de las visiones postmodernas. Sin embargo, para los fines del presente ensayo son esenciales algunos factores de personalidad de los padres. En especial hay que destacar dos posibilidades: el rechazo pasivo de los padres hacia los hijos y las proyecciones de los padres vivenciadas en los propios hijos. Por paradójico que parezca, la permisividad puede corresponder a un rechazo pasivo que ejercen los padres hacia sus hijos. En este sentido, el padre concedería amplia libertad al hijo para que éste no lo moleste ni interfiera con sus actividades. Para que lo deje hacer lo que él quiere hacer y no lo que el hijo quiere. Así mismo, la permisividad puede originarse en las proyecciones exageradas que algunos padres “descubren” en sus hijos. En este caso, los padres sienten que la realización que no tuvieron la tendrán con su descendencia.

Filosófica y pedagógicamente, estas posturas implican un retorno a la tesis de Rousseau y la defensa de las posturas autoestructurantes y paidocentristas de la Escuela Activa y la mayor parte de variantes constructivistas (Not, 2001 y De Zubiría, 2006). Con ello también ha vuelto a renacer la tesis de Rousseau, “El niño nace sano y la sociedad lo corrompe” (Rousseau, El Contrato social). Tesis que planteó, por las profundas paradojas de la vida, después de entregar a sus cuatro hijos a un orfanato.

En nuestro medio se vive un contexto muy favorable a la permisividad. Vivimos una sociedad fragmentada y desconfiada en la que muy seguramente la convivencia con la guerra nos ha “endurecido afectivamente”. En Colombia convivimos a diario con el secuestro, la guerra, el narcotráfico, la corrupción, la ilegalidad y la violación a los derechos humanos. Ocupamos el séptimo lugar en el mundo en corrupción según Transparencia Internacional, el sexto en violación a los derechos humanos y segundo en desplazamientos en el mundo, con una población estimada en 3 millones para los últimos seis años según Amnistía Internacional. Como sociedad hemos sido excesivamente permisivos ante las múltiples formas adoptadas por la ilegalidad; permisivos con la guerrilla, con la corrupción, con el secuestro, con la ausencia de Estado, con el contrabando y con los paramilitares. Como sociedad, hemos permitido, protegido y avalado el narcotráfico. Lo consentimos, lo valoramos y lo permitimos. Por ello creció hasta donde creció y gobernó hasta donde gobernó. Esa permisividad ha generado un tejido social frágil, erosionado y vulnerable (Centro de Estudios Sociales).

¿Qué efectos tendrán estos cambios sociales en la formación de los hijos?

Como tendencia general, las relaciones excesivamente autoritarias de los padres retardan la formación de un autoconcepto adecuado en el niño y tienden a debilitar su personalidad, volviéndolo inseguro y angustiado, lo cual le dificulta enormemente su relación con los compañeros, amigos y profesores y su proceso de maduración, tal como lo hemos explicado en las páginas anteriores. Sin embargo, relaciones muy permisivas de los padres de familia con sus hijos, mediante las cuales los niños se convierten en verdaderos reyezuelos en el hogar, suelen generar actitudes egocéntricas, sobrevaloración y confianza excesiva, lo que produce en los niños otro tipo de dificultades en la interacción con los otros, con el conocimiento y consigo mismo. En tanto los hijos de padres autoritarios tienden a ser por lo general inseguros, solapados y aislados, los hijos de hogares excesivamente permisivos tienden a desconocer las normas, a pasar por encima de sus compañeros para cumplir sus metas, a presentar alto egocentrismo y baja exigencia, solidaridad y necesidad de logro.

Es así como en una escuela permisiva, prima la ley de la selva: se impone el fuerte y sufre el débil, como suele suceder en casi todas las instituciones educativas en la relación entre menores y mayores, en las que los mayores se aprovechan sin consideración del menor; lo maltratan, lo subordinan, en pocas palabras, “trapean el piso” con él. Sus onces son las onces de los mayores y sus canchas son para que jueguen los mayores. En las escuelas permisivas, el niño agresivo agrede sin límite a sus compañeros y el tímido se retrae más (Cunningham, citado por Ausubel, 1983), generando con ello un estado de profunda inseguridad colectiva. Existe, de esa manera, un frecuente y generalizado temor para hablar y expresarse (por el rechazo que se supone que generaría la intervención). Así mismo, los niños y jóvenes desarrollan percepciones irreales y elevan excesivamente su autopercepción. Lo más frecuente es que se sobrevaloren.

Pese a que los efectos de la permisividad son, hasta ahora, relativamente desconocidos para la cultura humana por lo novedosas que siguen siendo estas estructuras familiares, ya comienzan a vislumbrarse sus manifestaciones más evidentes.

El niño criado en un ambiente muy permisivo, suele presentar gran dificultad en la interacción social. Como efecto de la alta valoración intrínseca familiar, se cree valorado por todos. Se cree el centro y que la propia vida social y familiar debe girar en torno a él. Eso es lo que ve en su propia familia y así mismo espera ser tratado en las instituciones educativas. El descendiente se torna en niño “mimado” y “malcriado”; en niño voluntarioso que pretenderá imponer su voluntad en diversos contextos sociales en los que se desenvuelva. Sin embargo, para su desgracia, suele ser profundamente rechazado por los compañeros y profesores, ya que ellos no lo valoran intrínsecamente como sus progenitores.

Como sustenta Ausubel, el niño con padres excesivamente permisivos no necesita satelizarse a los padres, ¿para qué hacerlo, si ya tiene el poder? ¿Para qué ceder a la voluntad de los padres si la que se impone es la propia?

Y al no satelizarse, pierde con ello del sentimiento intrínseco de seguridad y adecuación que ella genera. La crisis de desvalorización del yo se traslada a la escuela y es dada ante sus compañeros y docentes. En consecuencia, el niño no obtiene el status derivado que ello genera. El niño prolonga la fase de omnipotencia (Ausubel, 1982).

La permisividad forma individuos con bajo nivel de responsabilidad y baja necesidad de logro. En el nivel escolar se convierten en estudiantes con muy bajo desempeño escolar, que no sienten la necesidad de respetar la palabra del compañero, ni de acatar las normas, ni de cumplir con sus obligaciones y tareas. Son niños con muy poca o nula autoexigencia, disciplina y persistencia.

Para terminar

Los costos de estas nuevas estructuras familiares están todavía por verse, pero ya es evidente que las nuevas generaciones presentan enormes problemas de soledad y serias dificultades a nivel de su inteligencia intra e interpersonal, fruto de una resonancia familiar debilitada y de una comunicación sensiblemente disminuida.

En síntesis, el principal riesgo en las épocas de cambio consistiría en pasar al otro extremo. Ante el autoritarismo –tipo de familia dominante en la historia humana– aparecen en la época actual dos tipos de familias dominantes: la permisiva y la abandonica; ambas con sensibles costos para el desarrollo de la personalidad del niño.

Ante ello, la mejor opción sigue siendo la de una estructura familiar democrática. Las estructuras democráticas están soportadas sobre cuatro principios: la comunicación, la participación, las decisiones en manos de los adultos y el respeto mutuo. Veamos cada uno de ellos.

Una característica esencial de las familias democráticas es el tiempo destinado a la comunicación en el hogar. Son familias que amplían la cantidad y cualifican la calidad de la comunicación con los hijos. Son familias en las que se dicen y expresan las ideas y los sentimientos. Se recurre al diálogo y la ética y no a la imposición y la norma. Son familias en las que los hijos hablan con los padres, los hermanos hablan entre sí y los padres se comunican con frecuencia y calidad. La calidad proviene de los temas personales y significativos que se abordan en los temas de sobremesa, en las salidas de campo, en la sala o en el estudio. La cantidad proviene de que, efectivamente, los padres brinden los espacios, tiempos y ambientes necesarios para permitir la comunicación entre los diversos miembros de la familia.

La segunda característica es la participación. Esto significa que cuando hablan, hablan todos. La comunicación se da en diversos sentidos y lugares. Se consulta al hijo para tomar las decisiones, aunque las decisiones siempre recaen en los adultos. Los hijos se sienten escuchados, consultados y valorados, pero también ellos saben que la autoridad del hogar y que las decisiones no las tomarán ellos. Son familias que con frecuencia se congregan

a conversar, cantar, bailar o jugar. Conviven como grupo. Discuten y argumentan sus posturas. Las condiciones para una adecuada participación son que el ambiente y el clima del hogar sean favorables a la participación; es decir, que existan condiciones que favorezcan y estimulen la participación de los diversos miembros del hogar.

La tercera característica es que las decisiones son tomadas por los adultos, padre o madre, pero por lo general, por consenso entre ellos. El adulto oye al niño, pero nunca abandona su rol de adulto. Los padres no se relacionan como “amigos” o “primos” de los hijos, pero siempre respetan al hijo. Los padres son el centro de la autoridad y las decisiones, pero ellas son tomadas de manera dialogada, argumentada, reflexiva e interestructurante (Not, 1983). El poder está sustentado en la racionalidad, la argumentación y la reflexión y no en la arbitrariedad. Hay ocasiones en las que los padres hablan más duro o más firme, pero siempre de manera argumentada y respetuosa. No se acepta por parte de ninguno de los miembros de la familia la arbitrariedad, pero tampoco la irresponsabilidad.

La cuarta, y última característica, tiene que ver con el respeto mutuo y general entre todos los miembros del hogar. En las familias autoritarias, el padre violenta al hijo y en las permisivas, los padres son violentados por los hijos. Por oposición, en las estructuras democráticas, padres e hijos se respetan mutuamente, diferencian sus roles y respetan los principios.

En síntesis, las familias democráticas son más coherentes, se guían por principios y no simplemente por las normas. Son familias que establecen límites claros y precisos. Y esos límites se cumplen. Son familias que reconocen y valoran la diversidad de criterios y opiniones en el hogar, pero ello no significa que no haya roles, divisiones y autoridad clara y precisa. Son familias que garantizan calidad en la comunicación afectiva y cotidiana y la participación amplia y respetuosa de los diversos miembros del hogar.

Si queremos construir familias más democráticas, debemos elevar el nivel de comunicación en el hogar, crear condiciones para ampliar la participación, aceptar y respetar la diferencias, manteniendo las decisiones en cabeza de los padres.

Como debería ser más claro –y todavía desafortunadamente no lo es– la democracia sigue siendo la mejor condición para el desarrollo de los países y de los individuos.

Referencias

AUSUBEL, D. y otros (1982). *Psicología educativa, un punto de vista cognoscitivo*. México: Editorial Trillas.

AUSUBEL, D., y SULLIVAN, E. (1983). *El Desarrollo Infantil*. Vol. III, Buenos Aires: Paidós.

DE ZUBIRÍA, J (2001). *De la Escuela Nueva al Constructivismo*. Bogotá: Cooperativa Editorial del Magisterio.

- _____ (2006). *Los modelos pedagógicos contemporáneos*. Segunda edición ampliada. Bogotá: Cooperativa Editorial del Magisterio. En prensa.
- GOLEMAN, D (1996). *La inteligencia emocional*. Buenos Aires: Editorial Vergara.
- GUTIÉRREZ V y otros (1997). *La familia en la perspectiva del año 2000*. Bogotá: Cooperativa Editorial del Magisterio.
- JIMÉNEZ, B. (2005). “El poder y los conflictos en familias con adolescentes. Una propuesta para pensar las relaciones intergeneracionales”. Ponencia presentada en el Seminario Internacional Familias: Cambios y Estrategias. Octubre de 2005. Bogotá: Universidad Nacional.
- KAFKA, F. *Carta al Padre*. Bogotá: Panamericana.
- NOT, L. (1992). *La Enseñanza Dialogante*. Barcelona: Editorial Herder.
- PUYANA, Y (2003). *Padres y madres en cinco ciudades colombianas*. Bogotá: coedición de las Universidades Nacional, Autónoma, del Valle, de Cartagena y de Antioquia.
- RAMÍREZ M. y RAMÍREZ G. (2005). “Familias y dinámicas urbanas contemporáneas: La localidad de Teusaquillo”. Ponencia presentada en el Seminario Internacional Familias: Cambios y Estrategias. Octubre de 2005. Bogotá: Universidad Nacional.
- SIEGLIN, V (2005). “Tensiones de las familias mexicanas y estrategias de intervención”. Ponencia presentada en el Seminario Internacional Familias: Cambios y Estrategias. Octubre de 2005.. Bogotá: Universidad Nacional.